



SEMANARIO FESTIVO PARISIENSE

SUBSCRIPCIONES:		
España	1 año	7'50 ptas.
	6 meses	4
Unión postal	1 año	10
	6 meses	5'50

DIRECCIÓN:  
PARIS — 7, Rue Cadet, 7 — PARIS  
Reservado todo derecho de reproducción ó traducción

El pago de las suscripciones puede hacerse en sellos de correo, sobres monederos, libranzas del giro mutuo ó letras de fácil cobro, remitiendo el importe bajo sobre certificado á la Dirección: 7, rue Cadet Paris.

Administración y Venta de la Edición Española: BARCELONA. Puerta del Angel, 15 y 17, pral.



—No, yerno mío, no; de ningún modo puedo consentir que partas solo: con mi compañía te parecerá menos pesado el camino.



## EL CRIMEN DE UNA MADRE

Querida amiga mía:

Te escribo, porque de viva voz no me atrevo á hacerte una confesión alroz para mí... Esta declaración, que me cuesta horriblemente, es seguro que va á proporcionarte un vivo pesar; temblarás de miedo, aunque todo peligro esté conjurado ya... tal vez me retires tu amistad... A pesar de todo, es preciso, no puedo dejar de hablar; mi secreto me ahoga, y, sobre todo, el agradecimiento que á cada instante me demuestras es para mí tan doloroso, que no sé si preferiría tu odio ó tu desprecio. Una carta de esta naturaleza, una carta mía, de tu mejor amiga, te sorprende, ¿verdad?... ¡Ah! no tardarás en comprender...

Atiende:

¿Te acuerdas de nuestra llegada á P..., el pasado verano? ¡Qué alegría la de nuestra instalación rústica en aquella aldehuela perdida en las concavidades del Jura; tú en una especie de chalet en la cima de una colina sombreada por un bosque de hayas, yo en una vieja casuca decorada con el nombre de villa! ¡Qué loco júbilo el de nuestras dos niñas revolcándose en la verde alfombra de los prados, corriendo bajo los árboles, mojándose en las espumas del arroyuelo que remolineaba en su cauce de musgosas piedras!... ¡Qué lindas nuestras hijitas con sus blancos trajes, sus grandes sombreros de paja, sus azules cintas flotando á merced de las brisas perfumadas! Pronto se fortificarían sus pulmones, matizaría su tez el vivo carmín de la salud... Decididamente, el médico había tenido razón; era la montaña, el corazón del monte y no el mar lo que convenía á sus endeble organismos...

¡Dios mío, y qué deliciosos días pasamos juntas gozándonos en la contemplación de aquel panorama maravilloso! ¡Qué bienhechora calma infundía aquella soledad en



sus rasgos acentuados y austeros, alzándose ante la camita, ¡y sin hacer nada, sin poder hacer nada!... Le hubiera pegado, mordido, arañado... ¿Es posible, Virgen santa, que sucedan tan horribles cosas?... ¿Es creíble que haya países — habla el médico ahora — donde no se encuentre

ni hielo, ni cirujano, ni suero!... ¡Y mi pobre Angelina, con el estertor cada vez más ronco!

Por vez postrera, meneó la cabeza, y luego hizo un movimiento como para retirarse... ¡Santo Dios!... ¡Retirarse!...

Me acerqué á él en actitud suplicante. No, no era posible dejarla morir... no podía ser... algo podía hacerse... él lo sabía... debía saber algo... Era preciso probar... dar órdenes... ¡Qué atrocidad, qué horror... contemplar cómo se muere nuestra hijita, y no poder salvarla!... ¡Ah! no lo habrás olvidado; me así á su brazo con hosca actitud, semiloca, buscando sus ojos, espionando una frase que saliera de sus labios, sujetándole, sacudiéndole... El médico, sin embargo, permanecía, como estatua de piedra, inmovible!...

Por fin, apartóme con un gesto, y su voz ruda resonó en el silencio, horrorosamente interrumpido por la ronca y anhelosa respiración de Angelina.

— Sea como usted quiere; voy á preparar un remedio — dijo — pero, eso sí, la prevengo á usted, como es de mi deber; la pócima que voy á darle, lo mismo puede salvar á la niña, como matarla. Las ancianas mujeres de esta comarca pretenden que este remedio es soberano; pero yo le he visto á veces, al contrario, provocar una reacción fatal. Es una receta de nuestras montañas... Si le sucede á usted una desgracia, á nadie acuse sino á sí misma... ¿Qué hacer?... ¡Enviar á buscar á un cirujano á la ciudad más próxima?... ¡Ay de mí! el crup no espera... no llegaría á tiempo... Sin embargo, no podía descuidarse nada...; pero tú lo habías pensado ya por mí todo, y mientras me lamentaba yo inútilmente, con admirable previsión habías dictado varias órdenes...

El viejo doctor, lo recuerdo perfectamente, se había sentado por fin, pidiendo tinta y pluma... Me apresuré á traerle el recado, yendo de acá para allá, corriendo, enredán-



nuestros espíritus! ¡Qué profunda é íntima satisfacción viendo revivir tan vigorosamente á tu adorada Susana y á mi amadísima Angelina! Hasta la vieja Tona, que llevaste contigo, y cuyo rostro arrugado como seca manzana asperiega parecía reirse de sus múltiples surcos, dejó de regañar y pareció rejuvenecerse!... Yo tomé á mi servicio una muchacha del país, ¡recuer-

das? una chica mofletuda, algo zafia, pero rebotante de salud y muy adicta... Perdóname si me detengo y me complazco en que mi imaginación reproduzca el bellísimo espectáculo de nuestra dicha en aquellos días... ¡ah!... ¡fueron tan cortos!

No se habrá borrado de tu pensamiento aquella horrible tarde... ¡ah, sí, muy horrible! en que de regreso de una excursión al fondo del valle donde murmuraban fresquísimas fuentes, Angelina, mi adorada Angelina, cayó abatida por el mal espantoso!... De pronto, pesadez en la cabeza; después, aquella tos... aquella tos singular... La acosté corriendo... y apenas en cama, declaróse la fiebre... Asustada como yo, le apresuraste con admirable abnegación á cuidar á mi hijita tan bien como pudiera hacerlo yo misma, dando

órdenes, enviando á llamar un médico á la cercana villa. A mí el dolor, la congoja me tenían enloquecida, incapaz de pensar ni atender á nada ante aquella fiebre maligna, oyendo aquella tos horrorosa que sacudía sin piedad el cuerpecito de aquel pedazo de mi alma!...

Por fin, llegó el médico... un oficial de sanidad, un algebrista... ¡qué sé yo!... pero apenas hubo echado una mirada á la camita, y escuchado un segundo...

— ¡El crup! — dijo.

— ¡El crup!... ¡Cielos! ¡Por amor de Dios, doctor!... ¿qué hacemos?

— ¡Hacer?... ¡Nada!...

Y permaneció silencioso, moviendo negativamente la cabeza. ¡Oh, Dios mío! aquel hombre, con sus largos cabellos blancos,



dolo todo, presurosa por servirle... El pensamiento de poder intentar algo, hacíame entrever la salvación para mi pequeña; invadía mi corazón la esperanza; miraba ansiosamente al doctor, casi reconocida ahora, cuando, minutos antes, hubiera querido arañarle... sacarle los ojos... morderle...

El anciano escribía... De pronto, una contracción acentuó la rudeza de su fisonomía. Interrumpióse:

— ¡Ah, voto á tall! — exclamó.

Todos mis terrores invadiéronme nuevamente.

— ¡Doctor!... ¿qué sucede?

— Necesito láudano... y no lo hay aquí.

— Yo tengo...

Fuiste tú quien contestaste... tú, cuya sabia previsión acudía otra vez en auxilio mío.

¡Oh, recuerdo perfectamente todos los detalles de aquella escena. ¡Cuántas veces he pensado luego en ella!...

El médico respondió:

— Está bien; voy á mi casa á preparar la poción. Envíeme usted inmediatamente ese láudano que tiene. La misma persona que lo lleve, volverá con el remedio; esta noche he de acudir á otras obligaciones, y no podré volver hasta mañana. Por lo demás, el modo de emplearlo es sencillísimo. Oiga usted... Dos cucharadas, con dos horas de intervalo de una á otra...

Después se levantó y dirigióse hacia la puerta. Llegado á ella, volvióse, y dejó caer estas palabras con su breve tono:

— Si el remedio *la* ha de malar... morirá después de haber absorbido la primera cucharada... sino, triunfará del mal!

Tú, amiga mía, corríste en seguida á tu casa por el láudano...

Quedé sola; el ama iba camino de la ciudad, acompañada de un labriego, en busca del cirujano.

¡Cuánto tiempo permanecí de aquel modo, á la cabecera de mi pequeñuela, cuya respiración volvíase cada vez más sibilante, más turbia la mirada, que dejaba vagar sin reconocermela... torturada por la fiebre, delirante!... ¿Qué sé yo!

De pronto, llamaron precipitadamente á la puerta.

Era Tona. Entregóme con premura la poción y marchóse, diciéndome sin detenerse:

— Susanita no está bien; dispénseme; voy corriendo á reunirme con la señora.

Quedé nuevamente sola, oprimiendo maquinalmente entre mis dedos el frasco que la buena anciana acababa de entregarme... aquel frasco misterioso... la vida ó la muerte de mi hijita!... Luego, conté minuciosamente dos cucharadas, vertiéndolas separadamente, cada una en un vaso...

Me aproximé al lecho, dispuesta á hacerle tomar á Angelina la primera parte del brebaje... Pero, súbitamente, vacilé... un estremecimiento sacudió todos mis miembros... ¡Dios mío!... ¡y si aquella poción la mataba!... ¡No sería mejor aguardar la llegada del cirujano!... Además, ¿no se han dado ejemplos de curación del crup... sin operación?...

Busqué entre mis recuerdos... pero las ideas barajábanse confusamente en mi cerebro... nada, nada se me ocurría; en vano traté asimismo de recordar la distancia de la cercana villa, el tiempo necesario para ir y venir... Y transcurrían velozmente los minutos. Mi infeliz hijita sufría cada vez más... un estertor horrible desgarraba su garganta, sofocaba su respiración... ¡Dentro de breves horas, todo habría concluido... no podía perder tiempo!

¡Y no obstante!... ¡si sucumbiese!... Yo, homicida de mi hija... ¡Era horroroso!...

En aquel momento, mi pensamiento detúvose en ti... ¿Por qué no estabas á mi lado? ¿Por qué me abandonaste en aquellos instantes de terrible ansiedad?... Entonces acudieron á mi memoria las frases de Tona... «Susanita no está bien...»

Te conozco bastante para saber que no te asustas sin motivo... Una leve indisposición de tu niña, no te hubiera retenido en tu casa... ¿Así, pues?...

En aquel momento, nuevos golpes resonaron en mi puerta.

Dejé el vaso que tenía en la mano, y abrí.

Era tu anciana sirvienta.

— ¡Susanita — me dijo agilmente — Susanita tiene el crup... también! ¡Pobre angelito... da lástima!... ¡el ataque ha sido aterrador, fulminante!... La señora me envía para saber si Angelina va mejor... si ha tomado la poción...

Entonces... ¡ah! ¿qué he de decirte?... Irreflexivamente... un mal pensamiento atravesó mi espíritu, y cedí á él á pesar mío... No duró más que un relámpago, pero era tarde ya... Instantáneamente, púsose radiante mi rostro... el rubor me lo enardece como una quemadura cuantas veces

veo distintamente, ahora mismo, la expresión que supe fingir... Luego me lancé adonde había depositado el resto de la poción, y la puse entre las manos de la buena anciana.

— ¡Sí, Tona — respondí vivamente, sin darme cuenta, te lo juro, de mi perversa acción... — Angelina va mejor... le he propinado la medicina... *hace más de media hora!*... ¡Está salvada!... ¡Tome usted... no se detenga!... ¡corra! ¡corra!...

¡Oh! ¡cómo temblaba, una hora más tarde, al llamar á tu puerta!... Tú no echaste de ver mi turbación... No pensaste sino en abrazarme, rebosante de alegría, con el rostro inundado en lágrimas de júbilo... No sabías cómo agradecerme la merced recibida... El remedio, efectivamente, era soberano... ¡ya estaba tu hija fuera de peligro!... Por lo demás, tú no habías dudado ni un segundo... puesto que la terrible prueba acababa de hacerla yo con mi Angelina... ¡Y qué terrible angustia imaginabas que habría experimentado yo antes de atreverme á darle el brebaje misterioso!... Sola, completamente sola... sin auxilio de nadie, sin que sostuviesen tu valor, que te abandonaba, al contemplar el sufrimiento de tu hija... Y admirabas mi abnegación, mi superioridad de espíritu, al verme acudir solícita á saber de tu hija...

Pero yo no te escuchaba ya... Tú recuerdas muy bien (¡cuántas veces hemos hablado después de ello!) que bruscamente te abandoné, huyendo como una insensata...

¿Creste que la alegría de saber á nuestras dos hijas fuera de peligro me daba alas?... ¡No!

A mi vez, *ahora que ya estaba segura*, iba á salvar á Angelina, por medio de la poción que con tu niña habías probado *primera-mente* tú!...

¿Comprendes, ahora, Josefina, por qué me pesa tu agradecimiento... y por qué quiero desahogarme revelándote este secreto que me ahoga?... No pretendo hallar excusa alguna para mi falta; júzgame severamente, sin piedad; pero, por Dios te lo ruego, no me retires tu amistad. Bastante castigada estoy ya con haberme visto obligada, por mandatos de mi conciencia, á tener que hacerte esta penosa revelación; y ya que no perdonas á la amiga, perdona, Josefina, á la madre.

ESTEBAN JOLICLER.

## La energía de don Pantaleón



— Nuestros ministros carecen todos de energía. Si yo ocupase el poder, no dejaría de aprovechar todas esas visitas de soberanos que á cada paso recibimos. ¡Vaya si haría yo que nos devolviesen la Alsacia y la Lorena, el Canadá, las Indias!...



LA ESPOSA DE DON PANTALEÓN.— Mira, ahí está Zenón; creo que vendrá para quedarse á comer. Podrías aprovechar la ocasión para reclamarle aquellos cincuenta duros que te debe...



— ¡Oh! ¡oh! pronto está dicho esto... ¡pero la cosa es muy delicada!... ¡si él lleva la conversación á ese terreno, probaré! sino, ¿cómo quieres que me atreva?...



### La Sembradora de Mercedes

Amad á la Sembradora; por todas partes veréis su simpática figura: en las monedas de diez céntimos, de uno y de dos francos, en los sellos de correo. A este paso, será preciso bordarla también en las camisas del Presidente de la República.



Podría también empleársela útilmente en sembrar de puntiagudos clavos el trayecto que siguen los automóviles, lo que moderaría en gran manera la loca velocidad de esas infernales máquinas de destrucción y de muerte.



En la estación de los frios, se la podría emplear igualmente en sembrar sal sobre los hielos homicidas.



Y para arrojar polvo á los ojos de los badulaques, llamados por otro nombre accionistas, excelentes chicos todos á más no poder.



Y para distribuir condecoraciones, ¿no llenaría acaso admirablemente su cometido?



Arrojaría también fácilmente á los surcos las promesas hechas por los felices candidatos electos á los buenos y honrados electores.



Y por fin, ¿no podría, con experta mano, llenar de judías, trigo y demás cereales, las botellas de los pacienzudos aficionados á los concursos de los diarios parisienses?

Visitando una imprenta muy bien montada decía un admirador del progreso moderno:  
— Esto es sorprendente: aquí hay máquinas para todo: máquinas para componer, para imprimir, para encuadernar...  
El dueño del establecimiento interrumpió su entusiasmo diciendo:  
— No falta más que una cosa.  
— ¿Qué?  
— Máquinas para leer.

— Si te has llegado á casar,  
Logrando al fin realizar  
Todos tus sueños de amor,  
Para ser feliz, Melchor,  
¿Qué te hace falta? — ¡Enviudar!  
Liborio Porset.

— La mujer tiene ojos de lince para ver las debilidades de las demás mujeres.  
Schiller.

— ¿Porqué has obligado con tanto empeño á Pepe y á Julián á que se batieran?  
— Estaban reñidos desde hace mucho tiempo.  
— ¿Y qué?  
— No había más remedio que apelar á un duelo para que se reconciliaran.

— Toda madre es, en un baile, un notario encubierto ó disfrazado. — Gozlan.



— ¡Qué compromiso! No tengo peluca, y mi papel exige bandós con raya en el centro. ¿Cómo voy á componérmelas?

— ¡Oh fortuna! Este esqueleto de pescado va á sacarme del apuro.

— Le quito la cabeza y las costillas...

... lo pego con cola en mi cráneo...

... y vea usted cómo me he proporcionado una peluca.





### Voz del corazón

— ¡Hombre!... ¡un nudo en el pañuelo!  
— Verás, mi mujer está de viaje... ¿y cómo me arreglo yo, si no lo hago así, para acordarme del encargo que me hizo de pensar en ella?

Leyendo un dramote infame  
Su autor en cierta tertulia,  
Al terminar una escena  
Pavorosa y tremebunda,  
En que mataba más gente  
Que mata el cólera en Cuba,  
Viendo que nadie aplaudía  
Los portentos de su pluma,  
Al que topó más cercano  
Le dirigió esta pregunta:  
— ¿No se os erizan los pelos?  
Y el otro le dijo: — ¡Nunca!  
— Pues será usted insensible.  
— No, señor; gasto peluca.

Augusto Anguita.

La mujer de un zapatero, que por su estado especial, tenía cada día un antojo distinto, se acercó á su esposo, que se desvivía por satisfacerlos todos, y le dijo:

— Luis mío, perdóname si soy tan exigente, pero desearía que accedieses á mi último capricho.

— Di.

— Tengo la seguridad de que no vas á querer...

— Ya sabes que los he satisfecho todos, y lo mismo haré con éste. ¿Qué es?

— No te enfades... pero quisiera quedarme viuda.

A Job el diablo tentó  
Con tanta solicitud,  
Que los bienes, la salud  
Y los hijos le quitó.  
Mas no pudiendo vencer  
Su virtud, por inquietarle  
Trató de desesperarle,  
Y le dejó... la mujer.



— ¿Ve usted este cigarro? Pues me lo ha dado un reservista. Es un veguero de la Vuelta Abajo, me ha dicho, y estoy en que vale lo menos setenta y cinco céntimos. ¿No podría usted cambiarlo por veinticinco perreros de tres céntimos?

Un escribano fué obsequiado por un amigo con una cesta de cangrejos. El arriero, que llevaba la cesta á la vez que una carta en que se anunciaba el regalo, no tuvo cuidado con aquélla, y poco á poco los animalitos, que estaban todos vivos, fueron saliendo de la misma y cayendo en el suelo.

Llegó el arriero, dió al escribano la carta, y éste dijo después de leerla:

— ¡Tío Juan! en esta carta me dicen que vienen unos cangrejos.

— Pues me alegro que vengan en la carta — exclamó gozoso el tío Juan; — porque lo que es en la cesta no ha quedado ni uno.

A Petra, que goza fama  
De tener poco magín,  
Le ha mandado un telegrama  
Su esposo, que está en Hellín.

Y aunque le anuncia un regalo,  
Ha apenas el parte á Petra,  
Pues sospecha que está malo,  
Porque no es suya la letra.

Carlos Cano.

Las mujeres no necesitan estudiar á los hombres, porque los adivinan.

Sanial-Dubay.

### ¡Chúpate esa!



EL ASNO. — ¿De qué se ríe usted así, tío Mateo?

EL TÍO MATEO. — ¿De qué quieres que me ría? ¿no has oído las borricadas que acaba de contarme el dueño del cortijo?

EL ASNO (vejado). — ¡Ah!



Una hora después.

EL TÍO MATEO. — ¡Hola, Pelandón, de qué te ríes?

EL ASNO. — ¡Pues de ese idiota de asno que me está contando cada necesidad, que no parece sino que es un hombre!





### El borracho y el cartel anunciador

— No te conozco... pero me gusta tu actitud... y quiero que echemos una copa juntos. ¡A tu salud!

Jugando, una noche, Luis XIV, empezó a discutir con su contrincante sobre una jugada dudosa, mientras los cortesanos que asistían a la partida guardaban silencio.

Pasó el conde de Grammont, y llamándole el rey, le dijo:

— Venid, conde, a ver quién tiene razón.

— ¡Señor, ha perdido V. M.! — respondió el conde, sin acercarse.

— ¿Cómo podéis decidir contra mí, sin enteraros? — exclamó el rey.

— ¡Ah, señor! si la jugada fuera siquiera dudosa, todos esos caballeros que callan, se hubieran apresurado a dar la razón a V. M.

— ¡Pero, hija, no piensas más que en novios y devaneos!

— Mamá, ¡si una es joven!

— Yo también lo he sido, pero no tanto como tú.

—oo—

— ¿Cuál es la mujer más pesada, Rafael?

— A mi entender, la mujer ligera.

—oo—

Gedeón llama a su criado y le dice:

— ¿Por qué no has venido cuando he llamado?

— Porque no he oído la campanilla.

— Pues bien, cuando no la oigas, ven a decírmelo... y llamaré más fuerte.

—oo—

— ¡Mozo! esta salsa tiene un pelo.

El mozo se acerca y mira el plato.

— Caballero, es verdad; pero es un pelo blanco.

— ¿Y qué?

— Que á mí me han enseñado á respetar las canas.

—oo—

En el campo:

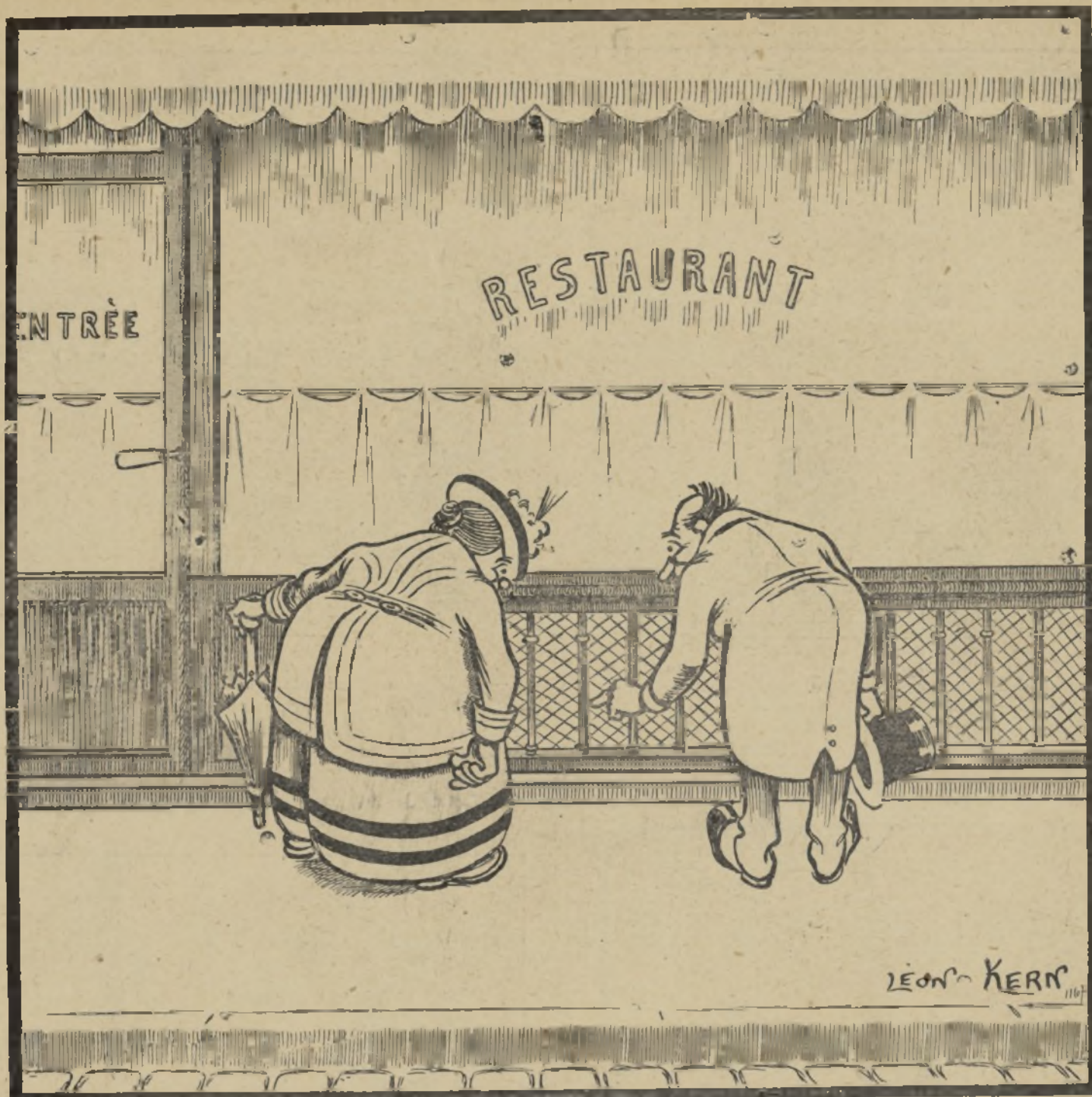
— ¿Conque se ha muerto su marido de usted?

— Sí, señor. Comenzó á perder el apetito, y poco á poco se fué acabando.

— ¿Y qué ha dicho el médico?

— El médico no le ha visto. Aquí nos morimos nosotros solos.





### Los delicados

—¿Sabes, Sinforiana? El resfriado del cocinero parece que va de baja. Esta tarde no ha estornudado más que una vez en las cacerolas. Creo que mañana podremos venir a comer sin temor.

En una tienda:

—¿Tiene usted tela encarnada?

—Sí, señor; ¿de qué clase?

—La clase es lo de menos; lo esencial es el color.

El dependiente comenzó a sacar piezas de merino, seda y terciopelo, hasta formar una verdadera barricada sobre el mostrador.

—¿Qué precio tiene ésta? —pregunta el marchante.

—Este es un satén riquísimo, de ocho duros vara.

—Corriente; déme usted dos centímetros; es para pescar ranas.

Un fulano muy diminuto le decía a un tuerto:

—Creed, amigo, que tenéis mucha necesidad de otro ojo.

—Y aun de otros dos —replicó el tuerto, — si quiero ver cosa tan chica como es su mercé.

Después de la batalla:

—Mi general. Creo tener derecho a una recompensa.

—¿Ha sido usted herido?

—Sí señor.

—¿Dónde?

—En el amor propio. El capitán me ha llamado gallina.

Obtuvo un alto empleo cierto adulator, y a los que le daban la enhorabuena respondía:

—Crean ustedes que para alcanzar mi nombramiento, no he dado ni un paso.

—Ya lo creo —le replicó un hombre grave: — el que se arrastra, no camina.

Entre marido y mujer:

La esposa. — No hay desgracia que pueda herir a una mujer, que no me haya ocurrido a mí.

El marido. — Te equivocas, hija mía. No has sido viuda nunca.

La esposa. — He dicho desgracia, caballero, y eso no lo sería.



## El miope y el espejo



EL CRIADO DE LA DUQUESA. — Toma; ya que tienes la amabilidad de querer ayudarme, lleva un momento la bandeja.



— ¿Qué has hecho, idiota, imbécil, papanatas? ¿Para eso te he dado la bandeja... para que la soltases?

## El Fotógrafo aficionado



— No puede usted figurarse cuán fecundas en pruebas fueron mis últimas vacaciones.

— Crea usted, caballero, que siento mucho...

— ¡No, si fueron pruebas fotográficas!...

## El inconsolable



— ¡Ah no, amigo mío, imposible que olvide yo la fecha de su muerte!... ¿era el 85 ó el 86...?





### La Oca paracaídas

VINAJÓN (que acaba de ganar una oca en la feria). — ¡Es singular!... ¡no sé cómo hago hoy los traspieses! ¡Cómo diablos no he dado ya de hocicos contra el suelo!

— Mañana, que es mi santo, voy á hacerte un regalo. Conchita.

— ¡Ay! ¿Sí? ¿Qué me regalarás?

— Mi retrato.

— ¡Mira qué cosa! Ya tengo siete.

— ¿Siete retratos míos, y no te he dado ninguno?

— ¡No, tonto! De los siete novios que he tenido antes que tú.

— 00 —

Preguntaban á un hombre muy metódico:

— ¿Qué es lo primero que haría usted si le cayese el premio grande de la lotería?

Y él contestó:

— Cobrarlo.

— 00 —

Un cortesano dijo á un príncipe que uno de sus súbditos había murmurado de él delante de todo el mundo.

— Prefiero — contestó el soberano — que haya murmurado de mí delante de todo el mundo, á que todo el mundo haya murmurado de mí delante de él.

— 00 —

Reflexiones de un domador de fieras, que pueden ser de aplicación práctica:

— ¡Haber llegado á domar hasta el oso blanco, y no haber podido domar á mi mujer en diez años!

— 00 —

No se hace á la mujer mayor injuria, que llamándola: fea ó vieja. — *Aristo.*

En un hospital.

Un profesor de clínica á un enfermo:

— ¿Qué oficio tiene usted?

El enfermo, que lo está del pecho, contesta:

— Músico.

El profesor á sus discípulos:

— Otra vez más, señores, se nos presenta la ocasión de demostraros lo que muchas veces os he dicho en el anfiteatro: que la fatiga y los esfuerzos producidos por la acción de soplar en los instrumentos de viento, son una causa muy frecuente de la afección que este hombre padece.

Y volviéndose al enfermo:

— ¿Qué instrumento tocaba usted?

— El bombo.



## El periódico moderno



EL CLIENTE. — ¿Me hace usted el favor del *Petit Journal*?



— Tome usted. ¡Eh, caballero!... no se vaya tan aprisa... Olvida usted las primas á que le da derecho este número.



¡Pues no va poco cargado el caballero! ¡Fortuna que está á un paso el automóvil que ha ganado por ser comprador también de nuestro periódico!

Un médico dice á un amigo suyo:

— Amigo mío, no tienes más remedio que enviar los padrinos á Pérez, que te ha insultado gravemente.

— ¿A mí?

— Sí, hombre. Me ha tratado públicamente de veterinario. Ya comprenderás que á mí me tiene sin cuidado; pero como tú eres cliente mío...

—oo—

Un muchacho de un salchichero fué invitado por su maestro de escuela á comer de un salchichón que á éste había regalado; y rechazó la oferta.

— ¿Qué es eso, no te gusta el salchichón? — preguntóle el maestro.

— Sí, señor. Pero ese lo ha hecho mi padre, y yo sé con qué lo ha hecho; por eso no lo como.

—oo—



EL REPORTER FOTOGRAFICO. — Diga, usted, caballero; ¿no me había anunciado para hoy una catástrofe en el expreso 412?

EL JEFE DE ESTACIÓN. — Sí señor; pero ahora le digo que no ocurrirá, porque en su periódico va inserto un artículo hostil á la Compañía.



## Maneras de ver

— ¡Protéjate el Grande Espíritu, hermano blanco! ¡Famoso guerrero debes de ser, cuando tantas cabezas dan fe de tus victorias!

— Señora, ¿me dijo usted que si me casaba me dotaría con mil reales?

— Puedes contar con ellos.

— Pues mire usted; aquel mozo que está en la acera de enfrente, se va á casar conmigo.

— Pero, muchacha, ¿cómo te vas á casar con un hombre tan feo?

— Señora, no he podido encontrar cosa mejor por mil reales.



El alcalde de cierto pueblo trataba de librar á su hijo de la quinta. No había en el pueblo más que dos mozos sorteables, y tenía que dar un soldado. El alcalde ideó meter en la urna dos papeletas con el número uno, y dijo:

— Se procede al sorteo; el que saque el número uno será el soldado; pero, como no quiero que se diga que hay preferencias, que no sea mi hijo el que saque, sino el otro mozo.

El otro mozo, que olió la tostada, introdujo la mano en la urna, sacó la papeleta, y sin enseñársela al secretario, se la metió en la boca y se la tragó.

— ¿Qué has hecho? — exclamó alarmado el alcalde.

— No hay nada perdido, señor alcalde — replicó el mozo; — usted puso en la urna dos papeletas, una con el número uno, y otra con el número dos. Pues es igual. Que saque ahora su hijo la que queda; si saca el número dos, soy yo el soldado, y si saca el uno, lo será él.

—oo—

Una señora bastante conocida, que tiene dos sobrinos, suele recibirlos, siempre que van á visitarla, con la siguiente frase:

— Buenos días, sobrinitos, ¿cómo estás?

Y al observarle el otro día que la gramática no permite este disparate, contestó:

— ¡Buena está nuestra gramática! ¿Con qué derecho me prohíbe que tutee á mis sobrinos?

—oo—

## El despertar de Calino



— ¡Qué imprudencia la mía! ¡echarme á dormir en esta alfombra!... ¡pues si anoche llego á tener fuerzas para subir al lecho, al levantarme esta mañana podía haberme pisado la cara!

## Un rodaje administrativo



Nadie ignora que los infelices abonados al teléfono sufren angustias á millares cada vez que tienen necesidad de comunicar con alguien, pues á causa de la pésima administración de la empresa, venanse obligados á rodar horas y horas un aparato que sirve para p dir las comunicaciones.



Apresurémonos, pues, en dar á conocer á todos esos abonados sin ventura, una ligera modificación que hemos introducido en dicho aparato y que de hoy en adelante les evitará muchos disgustos. Por medio de una sencilla rueda, el abonado puede esperar tranquilamente la comunicación horas y horas, sin experimentar el menor fastidio, ya que el tiempo que pierde por un lado, lo aprovecha eficazmente por otro moliendo el café.

Se presenta un charlatán á un gran señor, cruelmente castigado por la gota, y le asegura que tiene un remedio infalible para su curación.

— ¿Cómo habéis venido á esta población? — le pregunta el doliente.

— A pie, señor.

— En ese caso, salid inmediatamente de aquí. Si poseyeráis el remedio que decís, haría mucho tiempo que en vez de ir á pie, iríais en coche.

—oo—

## Pasatiempos

(Las soluciones en el número próximo.)

### CHARADA

Tienes dos cara de prima,  
Pero eres doble tercera,  
Que es un defecto que riñe  
Con toda tu gentileza.

Corrige, pues, esa tacha,  
Niña encantadora y bella;  
Adquiere el tono, y serás  
Más graciosa y hechicera.

—oo—

### ADIVINANZA

Siempre voy en tu compañía,  
En tu compañía voy siempre,  
Unas veces como paje,  
Como galán otras veces.  
Y si en las noches oscuras  
Á pasearte salieres,  
No te podré acompañar  
Porque el nublado me ofende.

—oo—

## Soluciones

Á LOS PASATIEMPOS DEL NÚMERO ANTERIOR:

LOGOGRIFO. — Caro. Cero. Ciro. Coro. Curo.

ADIVINANZA. — Moda. Oda.

Imprenta de Henrich y C.<sup>a</sup> en eta. — Barcelona



# EL PÉLE-MÊLE

Es la Revista más agradable, más divertida y el mejor pasatiempo para las familias.

De la edición francesa de este periódico se venden 220,000 ejemplares y tenemos la seguridad de que este mismo éxito ha de alcanzar en España.

**¡¡ A reirse por 15 céntimos !!**

**SAVON au LAIT de VIOLETTES** naturelles Société Hygiénique  
Paris, 65, Rue de Rivoli.

## BIBLIOTECA de Novelistas del Siglo XX

En el Concurso abierto por los Editores de esta Biblioteca, fueron premiadas las siguientes novelas:

- Primer premio,  
**Pedro Mata.** Ganarás el pan...  
Segundo premio,  
**Mariano Turmo Baselga.** Miguelón.  
Tercer premio,  
**Rafael Pamplona Escudero.** Cuartel de Inválidos.  
Recomendadas por el Jurado,  
**Ricardo Carreras.** Doña Abulia.  
**Gregorio Martínez Sierra.** La Humilde Verdad.  
**Magdalena Santiago Fuentes.** Empezadmos nueva vida.  
**José Segarra.** Vocación.  
**J. Menéndez Agustí.** Marín de Abreda.

De venta en las principales librerías de España y América.

PARA LOS PEDIDOS:

**HENRICH Y C.ª, Editores**  
BARCELONA

De venta en esta Administración y principales librerías.

## LA COCINA UNIVERSAL

ARREGLO DE LA OBRA FRANCESA DE

**Edmundo Richardin L'ART DU BIEN MANGER**

Fórmulas inéditas de + Indicaciones para el servicio de los vinos.  
**84 Sopas distintas.**  
**50 Salsas distintas.**

**1400 Recetas prácticas y fáciles para preparar en casa toda clase de platos.**  
**50 maneras de guisar pollos.**  
**50 maneras de guisar bacalao.**

**Grabados indicando los trozos y clases de carnes de matadero y modo de arreglar las aves y casa para el asado.**  
**100 maneras de guisar huevos.**  
**50 maneras de guisar patatas.**  
**Etc., etc., etc.**

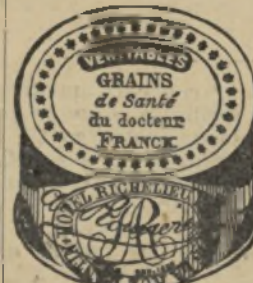
RECETAS DE LAS COCINAS:

Ingles, Alemán, Ruso, Italiana, Americana y Española  
por A. Blanco Prieto

En volumen en 8.º mayor, de unas 500 páginas.

En rústica: 3 ptas. — En tela: 3'50 ptas.

**VERDADEROS GRANOS de SALIN**



del Dr. FRANK  
Un siglo de clientes, por todo el mundo!  
Contra el ESTREÑIMIENTO y sus consecuencias: Inapetencia, Jaqueca, Embarazo gástrico, etc.  
EXIGID SIEMPRE los VERDADEROS, con Etiqueta en 4 colores, análoga a la del margen, y el Nombre del Dr. FRANK sobre cajas azules, cuyo fac-símil damos también al margen.  
1/2 50 / 1/2 caja (50 gr) 3 f. caja (100 gr)  
Es el mejor, el más cómodo y el más barato de los Remedios.  
A cada caja acompaña una instrucción detallada.

EN TODAS LAS FARMACIAS.

No empleéis sino las **PLACAS JOUGLA** y **PAPELES JOUGLA**

## LOS MESES

Texto de los Sres. Alarcón, Campomanor, Cánovas del Castillo, Castelar, Echegaray, Ferrater, Mañé y Flaquer, Núñez de Arce, Palacio, Pereda, Pérez Galdós, Trueta y Valera.

ILUSTRACIÓN de los Sres. Benlliure, Domínguez, Ferrater, Galofre, Martínez Cubells, Más y Fontdevilla, Montes, Moreno Carbonero, Pellicer, Plasencia, Riquer, Villegas y Villodas.

NOVA EMISIÓN MONUMENTAL EN PAPEL VITELA  
Precio del ejemplar, 20 ptas.  
Por suscripción, 5 pts. cuaderno.  
Henrich y C.ª, editores. — Barcelona

## CASA PARA VENDER

De bajos y un piso, para una familia, sita en San Andrés de Palomar — Barcelona  
Valor: 5000 pesetas.

DARÁN RAZÓN EN ESTA ADMINISTRACIÓN  
Puerta del Angel, 15 y 17, pral.

# EL ECO DE LA MODA

es la Revista de Modas más conocida en España.

Número semanal con Patrón cortado en tamaño natural.

Suscripción: 6 meses, 4 ptas.; 1 año, 7'50 ptas.

Administración: Puerta del Angel, 15 y 17, pral. — BARCELONA